

Es pobre y está en peligro: he aquí por lo que Lucila quiere á Camilo. Sus padres hubieran querido que amase á un hombre menos comprometido; pero justamente es el peligro lo que tienta á Lucila. Leía todas las mañanas aquellas hojas del joven periodista, ardientes, llenas de gracia é ingenio, aquellas hojas satíricas y elocuentes, inspiradas en los azares del día y por lo mismo selladas por la inmortalidad. La vida ó la muerte con Camilo; ella lo arrolló todo, arrancó el consentimiento paternal, y ella misma, riendo y llorando, fué en busca del periodista para manifestarle su felicidad.

Muchas otras hicieron como Lucila. Conforme el porvenir se hacía más incierto y el horizonte se cargaba de nubes, los que se amaban sentían la necesidad de unirse, de asociar su suerte, de correr los mismos riesgos, de jugar su vida sobre la misma carta.

¡Momento de emoción y de embriaguez—como en la víspera de las batallas—ante el espectáculo interesante, regocijado y terrible al mismo tiempo de la revolución que se aproxima!

A toda Europa interesaba este espectáculo. Si muchos franceses partían de Francia, muchos extranjeros venían á ella y se asociaban de todo corazón á nuestras agitaciones. Venían para desposarse con la Francia revolucionaria. Deseaban mejor morir aquí que vivir lejos: al menos si morían era con la seguridad de haber vencido.

Por esto el ingenioso y despreocupado alemán Anacharsis Clootz, filósofo nómada que se comía sus cincuenta mil libras de renta rodando por los grandes caminos de Europa, se detuvo en París, fijó aquí su existencia con lazos que sólo pudo desatar la muerte. Del mismo modo el español Guzmán, que era Grande de España, se hizo *sans culotte*, y para vivir siempre en esta atmósfera de revuelta que constituía la felicidad de su carácter levantisco, se alojó en una bohardilla en la parte más pobre y revolucionaria del arrabal de San Antonio.

Pero ¿á qué entretenernos en tantos detalles?... Volvamos á los Cordeleros.

¡Cuánta muchedumbre! ¿Podremos entrar?... Ciudadanos, haced un poco de sitio: camaradas, ya veis que traigo conmigo á un forastero. El ruido es tan grande que ensordece; en cambio no se ve nada; las humeantes lamparillas parecen encendidas para que se note mejor la obscuridad. ¡Cómo se agita la muchedumbre!... La densa atmósfera está cargada de rumores y gritos.

El primer golpe de vista resulta bizarro. Nada más mezclado que esta muchedumbre: hombres bien vestidos á la última moda, obreros, estudiantes (contemplad entre estos á Chaumette), sacerdotes y hasta monjes; pues en esta época muchos de los antiguos frailes Cordeleros venían al lugar de su antigua servidumbre á saborear un poco de libertad.

Los hombres de letras, periodistas y literatos, abundan en el público. Ese joven con anteojos es el poeta Fabre d'Églantine. Ese otro

de rostro bronceado es el republicanó Robert, periodista que acaba de casarse con una periodista, la señorita Kévalio. Esa figura vulgar es la de Hebert, el futuro *Pere Duchesne*. A su lado está Momoro, el impresor patriota, el esposo de la hermosa joven que un día representará el papel de Diosa Razón. Un día esa pobre diosa perecerá en la guillotina con Lucila Desmoulins. ¡Ay! ¡Si todos ellos hubieran conocido entonces su futura suerte!...

Allá abajo se destaca la figura del presidente. Es feo hasta el punto de poder causarse espanto á sí mismo. Terrible figura la de Danton. Era un cíclope, un dios del averno... Ese cara roída por la viruela, en la que brillan unos ojuelos oscuros, tiene todo el aspecto de un tenebroso volcán... No, no es un hombre; es el elemento mismo de la revuelta, la embriaguez del vértigo, la fatalidad. Genio sombrío, me causas miedo. Eres el predestinado para salvar la Francia ó perderla.

Mirad: él ha contraído su boca como si fuera á hablar y todas las voces callan.

—Marat tiene la palabra—dice con voz tonante.

¿Quién es Marat? ¿Donde está? Es esa cosa de piel amarilla y vestido verde, con ojos grisáceos y saltones? Parece pertenecer más al género de los bacráceos que á la especie humana. ¿De qué pantano habrá salido esa extraña criatura, en la que parecen mezclados el sapo y el hombre?

Sus ojos, á pesar de todo, son dulces. Su brillo, su transparencia, la vaguedad con que los mueve mirando á todas partes sin fijarse en ninguna, le dan el aspecto de un visionario á la vez charlatán y sincero, una especie de profeta de callejuela, vanidoso y sobre todo crédulo: creyéndolo todo y especialmente sus propias invenciones, todas las ficciones involuntarias, á las cuales le arrastra sin cesar su espíritu de exageración. Sus costumbres de médico nómada, de charlatán inventor de específicos, le daban facilidad para la exageración.

Su *crescendo*, hasta el momento de su muerte, será terrible. Es necesario que él invente, que desde su cueva pueda gritar algo extraordinario y milagroso todos los días, que lleve á sus lectores emocionados de traición en traición, de descubrimiento en descubrimiento, de asombro en asombro.

Comienza á hablar y saluda al club.

Después su figura parece iluminarse con el fuego de la indignación. «Traición grande y terrible... Nuevo complot descubierto.»

Ved cómo anunciando todo esto él se considera feliz, estremeciéndose de rabia y haciendo estremecer al auditorio. Ved cómo la vanidosa y crédula criatura se transforma. Su piel amarillenta y mate brilla de sudor.

«Lafayette—grita—ha hecho fabricar en el arrabal de San Antonio quince mil tabaqueras que todas llevan su retrato... Esto tiene su significación... Yo ruego á los buenos ciudadanos que puedan procurarse una que la rompan inmediatamente. Dentro de ella encontrará seguramente la orden del complot contra la Revolución.»

Muchos ríen. Otros creen que la cosa vale la pena de averiguar. Marat continúa creciéndose.—«Yo he dicho hace tres meses que había seiscientos culpables y que bastaban seiscientos pedazos de cuerda para acabar pronto con ellos. ¡Cuán equivocado estaba!... Hoy necesitamos ahorcar á más de veinte mil.»

Violentos aplausos.

Marat comenzaba á ser un ídolo para el pueblo: un fetiche. En la muchedumbre, las delaciones y las predicciones siniestras de que rellenaba sus hojas, causaban gran efecto, siendo muchos los que le creían y ayudaban á su renombre de violento y de profeta.

En 1790 ya había obtenido éxitos. Tres batallones de la Guardia parisién le proporcionaron un pequeño triunfo paseando por las calles su busto coronado de laureles. Pero su autoridad aún no había llegado al grado terrible que alcanzó en el 93. Desmoulins, que no respetaba mucho más á los dioses populares que á los reyes, se burlaba lo mismo del dios Marat que del dios Lafayette.

Sin respetar el entusiasmo delirante de Legendre que con los ojos, las orejas y la boca desmesuradamente abiertos aclamaba, admiraba y se oponía furiosamente á toda admiración, el audaz jovencillo Desmoulins apostrofa al profeta gritándole:

—Siempre trágico, amigo Marat: hipertrágico por costumbre. Podríamos reprocharte como los griegos á Esquilo, de ser un poco ambicioso en el arte de meter miedo. Mas tú tienes una excusa: tu vida errante en las catacumbas, como la de los primeros cristianos, exalta tu imaginación... Pero dínos seriamente: ¿esas diecinueve mil cuatrocientas cabezas que tú ajustas como una amplificación á las seiscientas del otro día, son realmente indispensables? ¿No te equivocarás en la cuenta, aunque sólo sea en una cabeza? Yo creía que con tres ó cuatro cabezas empenachadas que rodasen á los pies de la Libertad habría bastante.

Los maratistas rugen en señal de protesta. Pero les impide responder á Desmoulins un ruido que se produce á la puerta, un murmullo placentero y agradable. Una mujer joven entra y quiere hablar. Es nada menos que la señorita Theroigne, la bella amazona de Lieja. Fíjaos bien en su levita de seda roja, su sombrero de plumas y su gran sable de la jornada del 5 de Octubre. El entusiasmo llega al colmo.

—Es la reina de Sabá—grita Desmoulins—que viene á visitar al Salomón de los distritos.

Mientras tanto, atraviesa ella todo el salón con ligero paso de pantera y sube á la tribuna. Su hermosa cabeza de inspirada, lanzando relámpagos por los ojos, se destaca entre las sombrías figuras apocalípticas de Danton y Marat.

—Si realmente sois Salomones—dice Theroigne—vosotros lo probaréis levantando el Templo; el templo de la libertad, el palacio de la Asamblea nacional y lo construiréis sobre la plaza donde estuvo la Bastilla.

«¡Absurdo espectáculo! Mientras el poder ejecutivo habita el más hermoso palacio del universo y tiene para él el pabellón de Flora y las columnatas del Louvre, el poder legislativo, siempre errante, está aún acampado bajo movibles tiendas, unas veces en el Juego de pelota, otras en los Menús ó en el Maneje, como nueva paloma de Noé que no sabe dónde poner los pies.

»Esto no puede quedar así. Hace falta que los pueblos, contemplando los edificios que habitan los dos poderes, aprendan solo por la vista dónde reside el verdadero soberano. ¿Qué es un soberano sin palacio? Un dios sin altar, al que nadie rinde culto.

»Levantemos este altar. Que todos contribuyan á su construcción; que todos aporten para la obra su oro y sus pedrerías. Las mías hélas aquí. Levantemos el verdadero templo. Ningún otro será tan digno de Dios como éste donde fué pronunciada la Declaración de los derechos del hombre. París, guardián de este templo, no será una ciudad; será la patria común de todas; el lugar de cita de las tribunas; será su Jerusalén.»

—¡La Jerusalén del mundo!—contestan muchas voces entusiastas.

Una verdadera embriaguez se había apoderado de la Asamblea, dejándola en actitud estática. Si los antiguos cordeleros que bajo las mismas bóvedas habían dado en otro tiempo rienda suelta á sus ensueños místicos hubieran resucitado esta noche, se habrían reconocido, habrían creído que el tiempo no había pasado.

Creyentes y filósofos, discípulos de Rousseau, de Diderot, de Holbach y de Helvetius, todos, sin darse cuenta de ello, profetizaban.

El alemán Anacharsis Clootz era ó se creía un ateo, como muchos otros, por odio á los males realizados por los sacerdotes.

Pero á pesar de todo su escepticismo y de la ostentación de su duda, el hombre del Rhin, el compatriota de Beethoven, vibraba poderosamente con todas las emociones de la nueva religión.

Las palabras más sublimes que inspiró la gran Federación, están en una carta de Clootz á madama Beauharnais. Nada se ha escrito tan extravagante y tan bello sobre la unidad futura del mundo. Su calma alemana, su serenidad sonriente y la originalidad de un loco de genio que se burlaba un poco de sí mismo, se mezclan en esta carta, toda alegría y entusiasmo.

«¿Por qué—dice Clootz—la naturaleza ha emplazado á París á igual distancia del Polo que del Ecuador, sino para que sea la cuna de la confederación general de los hombres? Aquí se reunirán en Asamblea los estados generales del mundo. Esto no está tan lejos como parece; me atrevo á profetizarlo. Que la Torre de Londres caiga como cayó la Bastilla en París y ya no quedarán tiranos. El oriflama de los franceses no puede flotar sobre Londres y París sin dar antes la vuelta al mundo. Cuando esto se realice ya no habrá más ni provincias ni ejércitos, ni vencidos ni vencedores. Se irá de París á Pekin como ahora de Burdeos

á Strasburgo. Sobré el Océano los puentes de navíos unirán las dos riberas. El Oriente y el Occidente se abrazarán en el Campo de la Federación. Roma fué la metrópoli del mundo por la guerra. París lo será por la paz... Cuando más reflexiono, más concibo la posibilidad de una nación única; la facilidad que tendrá la Asamblea universal reunida en París para guiar el carro del género humano... Estudiosos arquitectos, émulos de Vitruvio, escuchad el oráculo de la razón: Si el civismo calienta vuestro genio, sabréis construirnos un templo para contener á los representantes de todo el mundo, que serán más de diez mil.

«Los hombres serán como deben ser y cada uno podrá decir: «El mundo es mi patria, el mundo está conmigo.» Entonces no habrá emigrantes. La naturaleza será una, como una la sociedad. Las fuerzas diversas se unirán: las naciones son como las nubes y deben confundirse forzosamente unas con otras.

»Tiranos, vuestros tronos van á desplomarse sobre vosotros. Ejecutad vosotros mismos. Así os libertaréis de la miseria y del cadalso. Usurpadores de la soberanía, miradme frente á frente... ¿Es que no veis vuestra sentencia escrita en los muros de la Asamblea nacional? No esperéis, no, la fusión del pueblo con las coronas; venid á la Revolución que libra á los reyes de las intrigas de los reyes y á los pueblos de las rivalidades de los pueblos.»

—¡Viva Anacharsis!—gritó Desmoulin;—abramos con él las cataratas del cielo. Esto no será más que el diluvio de la razón, ahogando el despotismo en Francia: es necesario que inunde todo el globo, que todos los tronos de los reyes y de los grandes sacerdotes arrancados de sus cimientos, floten en este diluvio... ¡Qué hermosa carrera desde Suecia al Japón!... ¡La Torre de Londres destruída!... Un club de jacobinos de Irlanda está preparando una insurrección. Con la marcha que siguen las cosas yo no daría ni un chelín por los bienes del clero anglicano. En cuanto á Pitt, es un hombre que está reservado para que lo cuelguen de la linterna, si es que como hombre previsor no presenta antes su dimisión al pueblo inglés. Comiencen á temblar los inquisidores en las riberas del Manzanares; la libertad sopla con fuerza desde la Francia al Mediodía; es en este momento cuando puede decirse: *ya no hay Pirineos*. El amigo Cloutz acaba de transportarme, agarrado por los cabellos como el ángel llevó al profeta Abacuc, á las alturas de la política. Yo ensancho la bandera de la Revolución hasta los últimos extremos del mundo (1).»

(1) No hay necesidad de decir que he sacado todo este capítulo de los Diarios de Marat y de Desmoulin. — Camilo Desmoulin, después de haber expuesto su entusiasmo medio serio, medio cómico por las ideas de Cloutz, añadía en el mismo artículo, mezclando los asuntos de administración de su periódico con la propaganda de sus ideales: «Estaba tentado á dejar la pluma descorazonado por la sordidez de un pueblo ingrato que apenas si compra el periódico. Pero reverdece en mí la esperanza y constituí mi diario en diario permanente. Invito á mis queridos y amados suscriptores, cuyo abono expira, á renovarlo en mi casa, calle del Teatro Francés, donde continuaré cultivando una rama de comercio desconocida hasta hoy; la fabricación de revoluciones.»

Tal era la originalidad de los Cordeleros. ¡Voltaire surgiendo en medio del fanatismo político! Era un verdadero hijo de Voltaire este Desmoulin tan regocijado. Sorprende verle mezclado en este Pandemonium político.

Verdaderamente los Cordeleros fueron como el lazo que unía dos épocas. Su genio, á estilo de Diderot, á un mismo tiempo escéptico y creyente, recordaba en pleno siglo XVIII algo del viejo misticismo, en el cual brillan como relámpagos las visiones del porvenir.

¡El porvenir! ¡qué misterioso resultaba aún! ¡cómo aparecía sombrío, confuso y á la par sublime y horrible en el rostro de Danton!

Tengo ante los ojos un retrato de esta personificación terrible y cruelmente fiel de nuestra Revolución, un retrato que diseñó David. El artista lo abandonó, apenas comenzado, con sincero desaliento, no sintiéndose capaz de retratar á tal modelo. Un discípulo concienzudo se propuso continuar la obra, y lentamente, con servil imitación, fué pintando detalle por detalle, cabello por cabello, marcando una por una las señales de la viruela, las grietas, las montañas y los valles de este rostro tempestuoso.

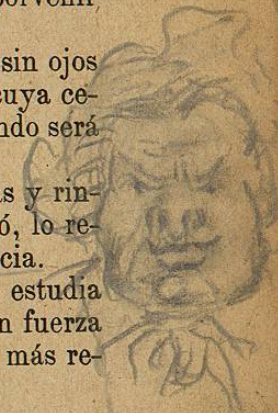
El efecto que causa este retrato es el de un desenvolvimiento penoso y laborioso, de una creación vasta, turbulenta, violenta é impura, como cuando la naturaleza tantea indecisa, sin poder decir aún si creará hombres ó monstruos, cuando falta de perfección, pero sobrado enérgica, marca con mano terrible sus gigantescos ensayos.

Lo que más llama la atención en este retrato es que no tiene ojos; apenas si se le ven. ¿Cómo este terrible ciego fué el guía de las naciones?... Obscuridad, vértigo, fatalidad, ignorancia absoluta del porvenir y desprecio al porvenir es lo que se lee en este retrato (1).

Y á pesar de todo, este monstruo es sublime. Esa faz casi sin ojos parece un volcán sin cráter, volcán de fango ó de fuego, tras cuya cerrada boca ruedan y bullen los combates de la naturaleza. ¿Cuándo será la erupción?

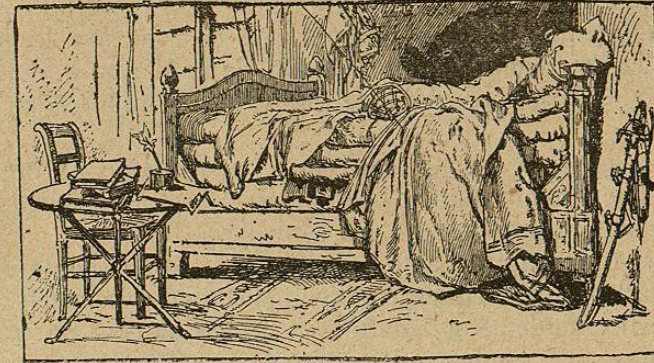
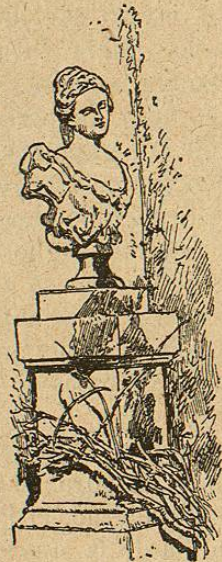
Día llegará que un enemigo suyo, aterrado por sus palabras y rindiendo homenaje ante su tumba, admirando su genio que le hirió, lo retratará con un título que resulte eterno: el Plutón de la elocuencia.

Esta figura es una pesadilla de la que no se libra el que estudia profundamente la Revolución, un ensueño sombrío que pesa con fuerza abrumadora y del que no se sale nunca. Estudiándole no hay más re-



(1) Este retrato representa á Danton en 1790 en el momento en que el drama comienza: Danton, relativamente joven, con una vigorosa concentración de sangre, de carne, de vida, de fuerza. Es Danton «marchando adelante.» Un pequeño y maravilloso dibujo de David, hecho á la pluma durante una sesión nocturna de la Convención, nos muestra á Danton «retrocediendo»; Danton á fines del 93: ahora con los ojos bien abiertos, mas con un cruel estrabismo; lanzando el terror, pero revelando su corazón destrozado... No hay persona que contemple este dibujo trágico sin un movimiento de dolor y sin decirse mentalmente: «¡Ah, bárbaro, ah, infortunado!» Entre estos dos retratos que resultan solemnes, hay dos croquis de David donde se ve á Danton de perfil; mas tal misterio de dolor y de horror hay en ellos, que no quiero aún hablar de tales dibujos. Ya llegará la ocasión en el curso de esta obra.

medio que asociarse maquinalmente á la lucha de principios opuestos que es visible en él; hay que participar de sus esfuerzos interiores, que no eran solamente batallas de pasiones. Es un Edipo que, llevando en sí el enigma, marchó rectamente hacia la esfinge para que le devorara.



CAPITULO VII

Impotencia de la Asamblea.—Negativa de juramento. (Noviembre del 90.—Enero del 91.)

Aparición de los Jacobinos futuros.—Los primeros Jacobinos (Duport, Barnave, Lameth, etc.) intentan retroceder.—Espíritu retrógrado de la Asamblea.—Mirabeau y los Lameth quieren evitar la guerra eclesiástica.—Los sacerdotes provocan la persecución.—Se les exige el juramento.—Sanción forzada del rey.—La Asamblea ordena en vano el juramento inmediato.—Negativa de juramento dentro de la misma Asamblea.

Cuenta Alejandro de Lameth que en el mes de Junio de 1790, una sociedad patriótica lo invitó á un banquete con su hermano y con Duport y Barnave. Este banquete de doscientas personas, hombres y mujeres, fué verdaderamente espartano por la austeridad patriótica y por la frugalidad. Apenas se sentaron los convidados, el presidente se levantó para pronunciar con solemnidad el primer artículo de la Declaración de los Derechos del hombre. «Los hombres nacen y viven libres, etc.» La reunión escuchó con religioso silencio, y este recogimiento duró todo el banquete. Una Bastilla hecha de Madera ocupaba el centro de la mesa. A los postres muchos vencedores de la Bastilla que se encontraban entre los convidados tiraron de sus sables, y sin decir una palabra hicieron pedazos la odiosa fortaleza: de entre sus ruinas salió un niño llevando en su cabeza el gorro frigio de la Libertad. Las mujeres colocaron coronas cívicas en la cabeza de los diputados patriotas y el banquete terminó como había comenzado: pronunciando el presidente, con sombría gravedad y como discurso de despedida, el segundo artículo de la Declaración de los Derechos del hombre.

El presidente era el matemático Rommé, antiguo preceptor de los príncipes Strogonoff. Había sentido la Libertad donde mejor puede sentirse, ó sea en Rusia, y desde allá lejos, en plena esclavitud, había visto el golpe de la Revolución. Ebrio de entusiasmo y frío al mismo tiempo,